



RUINAS DEL TEMPLO DE KARNAC.

sorprendernos de improviso. Cerca de nosotros, en los descollados fustes que nos cercan, los matices rojizos fingen volver, y lo mismo ocurre en el templo de la diosa, erguido allá, en medio de este pequeño mar, cual peñón que el viento cubre de espuma.

Nuestra barca sale del palacete y se desliza en el agua profunda é invasora, pasa por encima de las sumergidas palmeras y da un rodeo con objeto de conducirnos al templo por el camino que hollaron los peregrinos de aquellos tiempos remotos; vía ayer magnífica, con estatuas y columnatas á la orilla, enteramente hundida hoy y oculta para siempre á nuestra vista; vía tan por debajo de la barca, que de su doble hilera de columnas sólo emergen los capiteles. Diríase que, llegado el término de las edades, paseamos por una Venecia desierta, presta á desplomarse, á sumirse y á ser olvidada para siempre....

¡Ahí está el templo!... ¡Hemos llegado! Por cima de nuestras cabezas se alzan los enormes pilonos historiados con personajes en bajo relieve: una Isis gigantesca, con los brazos en ademán de hacernos señas, y otras divinidades cuyo gesto es misterioso. La puerta practicada en estas espesas murallas es baja, está casi inundada y mira hacia profundidades envueltas ya en la penumbra. Empujados por los remos entramos en el santuario; mas tan pronto como la barca ha pasado por encima del umbral sagrado, interrumpen su canción los bateleros, con gran sorpresa nuestra, y lanzan los *¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!* que les han sido enseñados y sirven al intento de llamar la atención de los excursionistas. ¡Oh!... Ese aullido de anglosajona alegría, lanzado en el instante en que penetramos con el corazón oprimido por tanto vandalismo utilitario, nos parece profanación imbécil y grosera.... Los